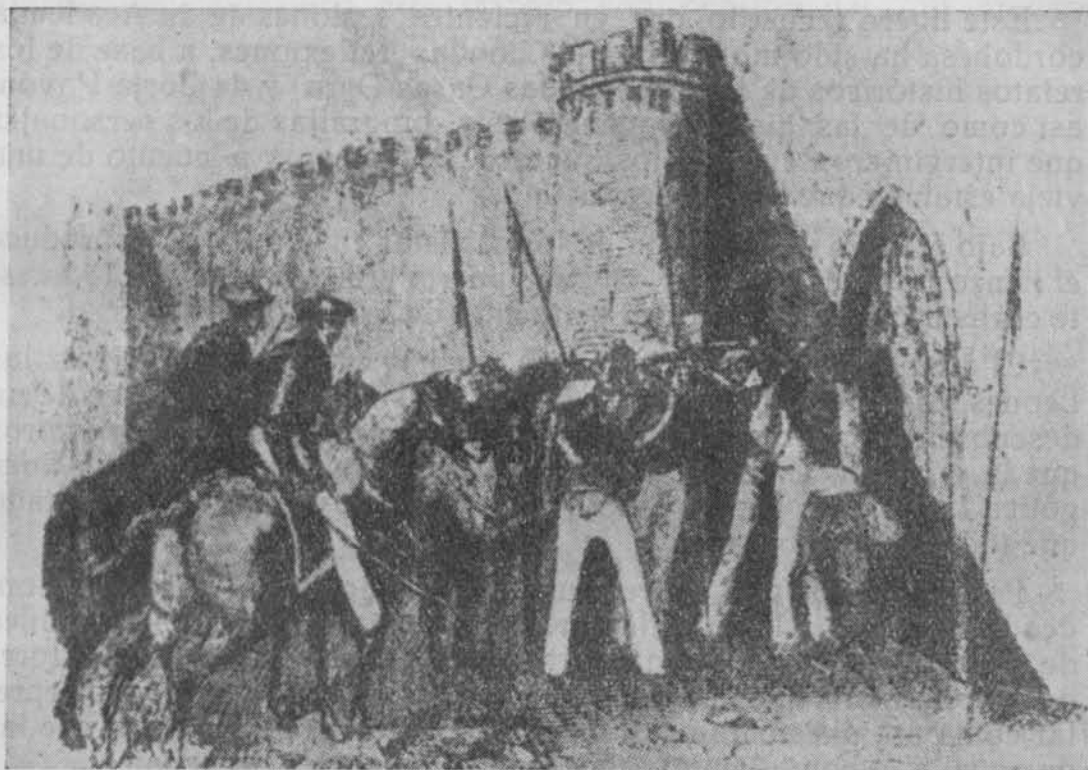


Vieja estampa del Alcázar

El año 1836 los carlistas entraron en Córdoba al mando del general Gómez, el duro jaenero que en una correría a través de toda la Península, atacando y burlando los ejércitos liberales, regresó intacto a las provincias del norte, asilo seguro de Don Carlos V de España.

La ciudad estaba indefensa y las autoridades civiles estando ciertas de que solo cerrando las puertas de la muralla poco habrían de



Cliché tomado del artículo «Carlistas famosos de Jaén. El General D. Miguel Gómez Damaa, Comandante General de los Ejércitos andaluces», por José Sanz y Díaz, en «Paisaje», Crónica de la Provincia de Jaén, febrero 1947.

conseguir, hicieron un reducto a base del Palacio Episcopal, el Seminario y especialmente «la casa de la Inquisición», como todavía llaman los historiadores contemporáneos al edificio que hoy ostenta el rótulo de «Alcázar Nuevo de los Reyes Cristianos».

Aquí se retiraron, como verdadera fortaleza, las autoridades con las escasas fuerzas de que se disponían, las familias liberales más conocidas con sus ropas y joyas, con más caudales públicos, víveres y municionamientos. Se creía poder resistir hasta la llegada de tropas reales.

Hechos dueños los carlistas de la ciudad y tomadas sus primeras

disposiciones, tras escasas bajas, entre ellas la del Brigadier Villalobos, que les fué muy sensible, y ligeros tiroteos, pusieron sitio al «fuerte», como sus partes y crónicas de guerra llamaron al Alcázar.

Hubo escasa lucha, se inició un parlamento en el que intervinieron personas conocidas de la capital y se produjo la rendición o entrega, sobre cuyos términos aún discute la Historia.

Pasemos por alto el doloroso capítulo del reparto del botín, y todavía más el del penoso calvario que sufrieron los dos mil y pico de «prisioneros» cogidos en la entrega del Alcázar.

Este ligero recuerdo, que en recientes sesiones de la Academia cordobesa ha sido motivo de más hondas reflexiones, a base de los relatos históricos de Ramírez de las Casas Deza y de Borja Pavón, así como de las historias generales y biografías de los personajes que intervinieron en aquellos sucesos, lo traemos a cuento de una vieja estampa que aquí reproducimos.

Bajo el título de «Entrada de los carlistas en Córdoba», reproduce el lienzo norte del Alcázar, en cuya puerta principal aparece la hueste carlista con los uniformes y atuendo de la época.

El dibujo, en cuanto a la puerta que hay al pié de la Torre de los Leones, esa puerta que para nuestros días ha tenido el valor de un descubrimiento arqueológico, al desembarazarla de los escombros que la cegaban, es de una fidelidad absoluta en cuanto a su línea gótica la moldura acordonada que la destaca y el dovelaje pintado que todavía hoy conserva.

Pero algo más allá aparece una torre redonda o bastión redondeado, adosado a la muralla, que ya no existe. Y siguiendo la línea de muralla, perdiéndose en el extremo del dibujo, aparece otra torre ochavada, también como bastión adosado, que no sabemos interpretar como tal, puesto que sus almenas aparecen en igual línea que las de aquella, o como lejano esbozo de la Torre del Homenaje.

El curioso dibujo, hecho seguramente por un miembro de la expedición carlista, nos revela detalles que compaginan tanto con las leyes de la arquitectura militar, sobre todo la del torreón saliente a la derecha de la puerta, como con unos vestigios que conserva ese lienzo norte de la muralla del Alcázar, en forma de escasos salientes, que podrían recordar el adosamiento de unas partes constructivas hoy desaparecidas.

Es curiosa, en fin, la tal estampa, y acaso sirva para orientar indagaciones comprobatorias, cuya confirmación daría más realce y belleza al hermoso monumento que levantó el Rey Don Alfonso el Onceno, tan amante de Córdoba que aquí dispuso quedar enterrado, y cuyos muros encierran desde entonces hasta nuestros días tantas páginas de historia cordobesa.

R. C.